

Una cierta espectacularidad

Chiloé, cielos cubiertos,
de María Asunción Requena.
Nuevo Teatro Cariola.
Dirección de Nelson Brodt.

1915-1986

Junto con Isidora Aguirre, María Asunción Requena es uno de los pilares femeninos más sólidos y visibles de la generación teatral chilena de 1950, a pesar que desde 1972 sus obras escasean sobre los escenarios nacionales. Fallecida fuera del país en 1986 a los 70 años de edad y en un olvido incomprensible, completó en tres de sus seis creaciones (*Fuerte Bulnes*, *Ayayema*, y *Chiloé cielos cubiertos*) una trilogía a veces trágica sobre la gesta, los protagonistas y la mitología del sur de Chile.

Fuerte Bulnes fue estrenada en 1955 y cuenta la aventura del grupo de hombres y mujeres que lucha por colonizar Magallanes y que debe enfrentarse a varios obstáculos, aunque el más importante es la arisca naturaleza que se convierte en enemiga definitiva del hombre sureño. *Ayayema* se presentó por primera vez en 1964. Su tema se centra en la invasión perturbadora que hacen los blancos frente a los indios de la Patagonia, provocando la resistencia cultural de algunos de ellos. Aquí, *Ayayema* es el mal, el poder de la noche, el viento destructor que sopla desde la leyenda indígena.

En ambas obras hay un nuevo sentido de la chilenidad: la narración de una historia nacional menor y prácticamente despreciada sobre la cual se ha construido el verdadero sentido de lo nacional.

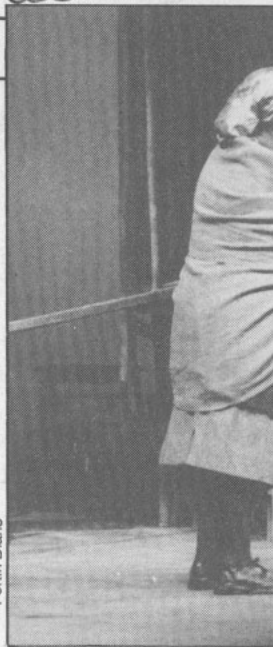
Chiloé, cielos cubiertos (estrenada originalmente en 1972) resume y amplía, técnica y conceptualmente, parte de *Fuerte Bulnes* y *Ayayema*. La acción se desarrolla en Curaco de Vélez, en la isla Quinchao, desde donde los jóvenes varones emigran irremediamente hacia Argentina en busca de un trabajo mejor. Por lo mismo, sus acentos se cargan hacia lo femenino: mujeres que esperan con paciencia incontentada a sus maridos que regresan, cuando hay suerte, sólo una vez al año y por algunas semanas. Mientras, algunos luchan por conseguir un desarrollo de la provincia y así ofrecer buenas oportunidades a sus trabajadores para que nadie se vaya. Pero *Chiloé, cielos cubiertos* se desliza también por otra pista argumental: la joven Rosario (Yani Núñez) reniega de los jóvenes de la isla y se enamora de un fantasma, el Joven Naufragante (Juan Carlos Zagal), encarnación de varios mitos reunidos, entre ellos el Caleuche.

Así, la obra empalma la realidad social y marginada de Chiloé —donde llueve a todas horas y los chilenos sólo son turistas de paso— con la mitología

sureña: Rosario también sueña con huir y amar, pero se aferra a algo que nadie más puede ver. Esto sirve para introducir ceremonias brujas de la Abuela Chifila (Miriam Palacios) y personajes fantasmas que se pasean por el escenario, tñiéndolo de una atmósfera mágica y de leyenda.

La versión que dirigió Nelson Brodt en el Nuevo Teatro Cariola resalta precisamente los tonos espectaculares, los bailes, los rituales, las canciones a cada paso, como corresponde más o menos a la estética que han definido los impulsores de esta sala, a la cual le agregan el ingrediente de chilenidad y donde los espectadores deben ser fundamentalmente estudiantes.

Forlín Diario





De esta forma, el sentido más profundo de la obra queda necesariamente oscurecido, se diluye detrás de una abundancia de lo folklórico. Por otra parte, se contó con recursos más bien modestos para un montaje donde prima el espectáculo, y se ensayó un tiempo inexcusablemente breve, que en definitiva se nota sobre el escenario: problemas de dicción, de ritmos, de desplazamientos. En suma, aunque la idea de escenificar *Chiloé, cielos cubiertos* es aplaudible, aquí se entrega sólo una visión del mundo dramático de María Asunción Requena, dejando aún intocadas otras lecturas y otras calidades de montaje. •

Juan Andrés Piña